

humillada y desgraciada: existe en usted un orgullo de demonio, que la ata á la columna que ha abrazado, y perecerá usted derribando su templo, como hizo Sansón. Estas cosas no las he adivinado yo; mi amor es demasiado ciego; pero me las ha dicho Camilo. No es mi espíritu el que le habla á usted en estas páginas, sino que es el de Felicidad; cuando se trata de usted, yo carezco de espíritu, y acuden á mi corazón borbotones de sangre que oscurecen con sus oleadas mi inteligencia, que me quitan las fuerzas, que paralizan mi lengua y que anulan el poder de mis piernas haciéndolas encorvarse. Haga usted lo que haga, yo sólo puedo adorarla. Camilo llama terquedad á su resolución; pero yo la defiende á usted y la creo dictada por la virtud. Pero no por esto deja usted de ser menos hermosa á mis ojos. Conozco mi destino: el orgullo de Breñaña está á la altura del de la mujer que ha hecho una virtud del suyo; de modo que, Beatriz querida, sea usted buena y cariñosa para mí. Cuando las víctimas estaban designadas, se las coronaba de flores, y usted me debe, por lo tanto, los ramilletes de su piedad y las músicas del sacrificio. ¿No soy yo la prueba de su grandeza, y no la aumentaré siempre con la inmensidad de mi amor despreciado, á pesar de su sinceridad y de su inmortal ardor? Pregúntele usted á Camilo cómo me conduje desde el día en que ella me manifestó que amaba á Claudio Viñón. Permanecí mudo y sufrí en silencio. Pues bien, si no me desespera usted, si sabe apreciar mi heroísmo, para usted seré más abnegado aún. Una sola alabanza suya me haría soportar los dolores del martirio. Si persistiese usted en su frío silencio, en su mortal desdén, me haría creer que soy temible. ¡Ahl muéstrese usted conmigo tan encantadora, tan ocurrente y tan amante como es usted en realidad. Hábleme usted de Jenaro como Camilo me hablaba de Claudio. Yo no poseo más talento que el del amor ni nada que me haga temible, y estaré en su presencia como si no la amase. ¿Será usted capaz de no dar oídos al ruego de un amor tan humilde, de un pobre niño que pide por toda gracia á su luz que le ilumine y á su sol que le dé calor? Aquel á quien usted ama la verá á usted siempre; mientras que al pobre Calixto le quedan pocos días; pronto se verá usted libre de él. Así pues, mañana volveré á ir á Touches, ¿verdad? y usted no rechazará mi brazo para ir á visitar el Croisic y la aldea de Batz, ¿no es cierto? Si no

viniese usted, lo consideraría como una contestación que Calixto entendería perfectamente.»

Había cuatro páginas más de una letra menudita, en las que Calixto explicaba la terrible amenaza que encerraban estas últimas palabras, contándole su juventud y su vida; pero empleaba en ellas muchas frases exclamativas y muchos de esos puntos prodigados por la literatura moderna en los pasajes peligrosos como puentes ofrecidos á la imaginación del lector para que pueda franquear los abismos. Esta sencilla descripción sería aquí una repetición que, si no como movió á la señora de Rochefide, interesaría atrozmente á los aficionados á emociones fuertes, é hizo llorar á la madre que acabó diciendo á su hijo:

—¿De modo que no has sido feliz?

Este terrible poema de sentimientos caídos como un torrente en el corazón de Calixto, asustó á la baronesa, la cual leía una carta de amor por primera vez en su vida. Calixto estaba de pie sumamente apurado, porque no sabía cómo entregar la carta á la marquesa. El caballero de Halga se encontraba aún en el salón, donde se jugaban las últimas puestas de una animada partida de mosca. Carlota de Kergarouët, desesperada al ver la indiferencia de Calixto, procuraba simpatizar con los padres, para asegurar mediante ellos su casamiento. Calixto siguió á su madre y volvió á presentarse en el salón, llevando en el bolsillo la carta que le quemaba el corazón. El pobre joven estaba agitado é iba de un lado á otro como una mariposa que ha entrado por descuido en una habitación. Por fin, la madre y el hijo llamaron al caballero de Halga al salón inmediato, dando orden al criadito de la señorita de Pen-Hoël y á Marieta de que lo abandonaran.

—¿Qué tendrán que pedirle al caballero?—preguntó la anciana Ceferina á la anciana Pen-Hoël.

—Calixto me hace el efecto de un loco—respondió ésta.—No tiene con Carlota más consideraciones de las que tendría con una salinera.

La baronesa habíase imaginado con razón que allá por el año 1780, el caballero de Halga debía haber navegado por los mares de la galantería, y le había dicho á Calixto que lo consultase.

—¿Cuál es el mejor medio para hacer llegar secretamen-

te una carta á manos de su amada?—dijo Calixto al oído al caballero de Halga.

—Se pone la carta en manos de su camarera, acompañándola con algunos luises, toda vez que, tarde ó temprano, la camarera ha de estar en el secreto y es preferible que lo esté desde un principio—respondió el caballero, en cuyo rostro se dibujó una sonrisa.

—¡Luises!—exclamó la baronesa.

Calixto se fué á su habitación; tomó su sombrero, y corriendo á Touches, se presentó como un aparecido en el saloncito donde se oía la voz de Beatriz y de Camilo. Ambas ocupaban un diván y parecían estar en perfecta inteligencia. Calixto, con esa rapidez de pensamiento que comunica el amor, se sentó aturdidamente en el diván al lado de la marquesa, tomándole una mano y depositando en ella la carta, sin que Felicidad se hubiese apercibido de ello á pesar de haberle mirado atentamente. El corazón de Calixto fué presa de una emoción aguda al par que grata, al sentir que Beatriz le estrechaba la mano y que, sin interrumpir su frase ni mostrarse contrariada, introducía la carta en uno de sus guantes.

—Se arroja usted sobre las mujeres como si fueran divanes—le dijo la marquesa riéndose.

—Y, sin embargo, no es partidario de la doctrina de los turcos—replicó Felicidad.

Calixto se levantó, tomó una mano de Camilo, se la besó, y después se encaminó al piano é hizo sonar todas las notas á la vez pasando un dedo por encima. Esta alegre vivacidad llamó la atención de Felicidad, la cual llamó á su lado al joven para preguntarle al oído:

—¿Qué le pasa?

—Nada—le respondió Calixto.

—Algo traen entre manos—se dijo para sus adentros la señorita de Touches.

La marquesa estuvo impenetrable. Camilo procuró hacer hablar á Calixto, esperando que éste se delataría; pero el niño pretextó la inquietud en que estaría su madre, y se fué de Touches á las once, aunque no sin sufrir una penetrante mirada de la señorita de Touches, que no dejó de admirarse de esta respuesta.

Después de las agitaciones de una noche ocupada por completo por el recuerdo de Beatriz, y después de haber ido

veinte veces por la mañana á Gueranda para esperar una respuesta que no llegaba, la camarera de la marquesa se presentó en el palacio Guenic y entregó á Calixto esta carta, que el joven fué á leer al fondo del jardín, bajo la glorieta.

#### BEATRIZ Á CALIXTO

«Es usted un buen muchacho, pero es un niño. Usted se debe á Camilo, que le adora, y no encontraría en mí ni las perfecciones que distinguen á ésta ni la dicha que le prodiga. Aunque usted crea otra cosa, lo cierto es que ella es joven, y yo vieja. Ella tiene un corazón lleno de tesoros, y el mío está vacío; ella se sacrifica por usted de un modo que usted no sabe apreciar; está desprovista completamente de egoísmo y no vive más que para usted; mientras que yo tendría mil dudas, y amargaría su vida con el recuerdo constante de mi falta. Camilo es libre y va y viene adonde quiere; pero yo soy esclava. Finalmente, usted olvida que yo amo y que soy amada. La situación en que me encuentro debía bastar para librarme de todo homenaje. Amarme ó decirme que me aman, es un insulto. Una nueva falta ¿no bastaría para ponerme al nivel de las criaturas más bajas de mi sexo? Usted que es joven y bondadoso, ¿cómo me obliga á decir estas cosas, que sólo salen de mi corazón desgarrandolo? He preferido el brillo de una desgracia irreparable á la vergüenza de un constante engaño, mi propia pérdida á la de la probidad; pero, á los ojos de muchas personas cuya estimación aprecio, soy aún grande; mientras que, cambiando, bajaría algunos grados más. El mundo se muestra muy indulgente para aquéllas cuya constancia cubre con su manto la falta; pero es implacable para las viciosas. Yo no siento por usted desprecio ni cólera, le respondo á usted con franqueza y sencillez. Usted es joven, desconoce el mundo, se deja llevar de su imaginación y, como todas las gentes cuya vida es pura, es usted incapaz de hacerme las reflexiones que sugiere la desgracia. Le diré á usted más: aceptándole á usted, sería la mujer más humillada del mundo, ocultaría espantosas miserias, me vería en fin, abandonada, y, á Dios gracias, espero que nada de eso ha de ocurrir; pero si, por una venganza del cielo, llegase á acontecer, ninguna persona del mundo volvería á verme. Sí, entonces sería capaz de matar al hombre que me hablase de amor, si es que en la situación en que yo me colocase fuese

posible que algún hombre llegase hasta mí. Aquí tiene usted mi modo de pensar. De modo que casi puedo darle las gracias por haberme escrito; toda vez que, después de leída su carta y, sobre todo, después de mi respuesta, podré permanecer tranquila en Touches. Y no le hablo á usted nada del atroz ridículo en que caería en el caso de que mis ojos cesaran de expresarle los sentimientos de que usted se queja. Hacerle un segundo robo á Camilo sería una prueba de impotencia al que una mujer no se resuelve dos veces. Aunque le amase á usted locamente, aunque estuviese ciega, aunque lo olvidase todo, vería siempre á Camilo. Su amor por usted es una de esas barreras que no pueden ser franqueadas por ningún poder: sólo un demonio podría dejar de recular ante tan infames traiciones. Hijo mío, hay además en esto una multitud de razones que las mujeres nobles y delicadas se reservan y de las que ustedes los hombres no entienden nada, aun cuando sean tan semejantes á nosotras, como lo es usted en este momento. En fin, usted tiene una madre que le ha enseñado lo que debe ser una mujer en la vida, que es pura y sin tacha y que ha cumplido su destino noblemente; lo que yo sé de ella me ha hecho derramar lágrimas y ha despertado la envidia en el fondo de mi corazón. ¡Yo también podía haber sido como ella! Calixto, así debe ser la mujer de usted y tal debe ser su vida. No volveré á indicarle á usted maliciosamente á esa pequeña Carlota que no tardaría en aburrirle; pero sí le indicaré alguna joven digna de usted. Si yo llegase á ser suya, le haría desgraciado, porque habría en usted falta de fe y de constancia ó tendría usted que sacrificarle su existencia; y yo le soy á usted franca, lo tomaría, le llevaría no sé adónde, lejos del mundo, y le haría muy desgraciado, pues soy celosa, veo monstruos en una gota de agua, me desesperan ciertas pequeñeces de que muchas mujeres no hacen caso, y hasta se me ocurrirían pensamientos inexorables que provendrían de mí misma y no de usted y que me herirían de muerte. Cuando un hombre no se muestra, al décimo año de su dicha, tan respetuoso y tan delicado como la víspera en que mendigaba un favor, me parece un infame y se envilece á mis propios ojos. Hoy, el amor puro es una fábula, y yo no veo en usted más que la fatuidad de un deseo cuyo fin ha de ser próximo. Yo no tengo cuarenta años; yo no sé aún humillar mi orgullo ante la autoridad de la experiencia; yo no sabría sentir

ese amor humilde; en una palabra, soy una mujer cuyo carácter es demasiado entero para no ser detestable. Yo no puedo responder de mi humor, y en mí la gracia es puramente exterior. ¡Quién sabe! ¿es que acaso no he sufrido aún bastante para afectar las indulgentes maneras y la ternura absoluta que debemos á los crueles desengaños? La dicha tiene su impertinencia, y yo soy muy impertinente. Camilo será siempre para usted una esclava adicta, mientras que yo sería un tirano insensato. Por otra parte, ¿no ha sido colocada Camilo á su lado por su ángel bueno para encaminarle en la vida que está usted destinado á hacer y á la cual no debe usted faltar? Yo conozco á Felicidad. Su ternura es inagotable, y si ignora acaso las gracias de nuestro sexo, sabe en cambio desplegar esa fuerza fecunda, ese genio de la constancia y esa noble intrepidez que lo hace aceptar todo. Sufriendo horribles dolores, ella le casará á usted y ella sabrá escogerle una Beatriz libre, si es que Beatriz responde á las ideas de usted acerca de la mujer, y ella le allanará todas las dificultades que se presenten para su porvenir. La venta de una fanega de tierra que posee en París servirá para desempeñar las propiedades que posee usted en Bretaña. Felicidad le instituirá á usted heredero, porque le ha hecho ya su hijo adoptivo. ¡Ay de mí! ¿qué puedo hacer yo por su dicha? Nada. No se muestre usted, pues, traidor á un amor infinito, que se traduce al fin en amor materno. ¡Qué feliz me parece esta Camilo!... La admiración que le inspira á usted la pobre Beatriz es uno de esos pecadillos, para los que las mujeres de la edad de Felicidad están llenas de indulgencia; pues cuando ellas están seguras de ser amadas, perdonan una infidelidad á la existencia, y el hecho de triunfar de la juventud de sus rivales constituye uno de sus más vivos placeres. Camilo está muy por encima de las demás mujeres, y esto no lo digo por ella, sino para tranquilizar la conciencia de usted. La he estudiado profundamente, y puedo asegurarle que á mis ojos resulta una de las principales figuras de nuestra época. Tiene talento y es buena, siendo estas dos cualidades casi inconciliables en las mujeres, y es generosa y sencilla, siendo también dos grandezas éstas que se encuentran rara vez unidas. He visto en el fondo de su corazón tesoros infinitos, y no parece sino que el Dante, en su *Paraiso*, haya hecho para ella aquella hermosa estrofa acerca de la dicha eterna

que ella le explicaba á usted la otra noche, y que acaba diciendo: *Senza brama sicura ricchezza*. Estos días me hablaba de su destino y me contaba su vida, probándome que el amor, ese objeto continuo de nuestros votos y de nuestros sueños, había huído siempre de ella; y yo le respondía que al hablarme así me parecía que me demostraba la dificultad de aparejar las cosas sublimes, dificultad que origina muchas desgracias. Usted es una de esas almas angélicas cuya hermana parece imposible encontrar. Y la desgracia que esto le ha de acarrear, querido mío, se la ahorrará á usted Camilo encontrándole, aunque tenga que morir para ello, una criatura con la cual pueda usted ser feliz en su matrimonio.

»Le tiendo á usted una mano amiga, y, contando, no con su corazón, sino con su talento, espero que me considerará usted como una hermana y que terminará aquí nuestra correspondencia, la cual, desde Touches á Gueranda, me parece, por lo menos, cosa extravagante.

»BEATRIZ DE CASTERÁN.»

Emocionada en el más alto grado, por los detalles y la marcha de los amores de su hijo con la hermosa marquesa de Rochefide, la baronesa no pudo permanecer en la sala donde bordaba, y, dejando el sofá, se fué al lado de su hijo en actitud humilde al par que atrevida. La madre ostentó en aquel momento la gracia del amante que quiere obtener algo de su amada.

—Y bien, ¿qué hay?—dijo temblando, por no atreverse á pedir la carta.

Calixto le enseñó el papel y se lo leyó. Aquellas dos hermosas almas, tan sencillas y tan inocentes, no vieron en aquella astuta y pérfida contestación ninguno de los lazos que tendía con ella la marquesa.

—¡Es una noble y gran mujer!—dijo la baronesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—Rogaré á Dios por ella. Nunca hubiera creído que una madre pudiese abandonar á su marido y á su hijo y que conservase aún tantas virtudes. Es digna de perdón.

—¡No hago bien en adorarla?—dijo Calixto.

—Pero ¿adónde te conducirá ese amor?—exclamó la baronesa.—¡Ah! hijo mío, ¡cuán peligrosas son las mujeres de

sentimientos nobles! Los males son menos de temer. Cásate con Carlota de Kergarouët y desempeña las dos terceras partes de las tierras de tu familia. Vendiendo algunas de sus quintas, la señorita de Pen-Hoël obtendrá ese gran resultado, y tu buena esposa se ocupará de administrar tus bienes. De este modo podrás dejar á tus hijos un buen nombre y una hermosa fortuna.

—¡Olvidar á Beatriz!—dijo Calixto con voz sorda y los ojos fijos en tierra.

Y dejando á la baronesa, subió á su habitación para contestar á Beatriz. La señora de Guenic tenía la carta de la marquesa grabada en el corazón, y queriendo saber á qué atenerse y como si imaginase que á aquella hora debía estar el caballero de Halga paseando su perra por el mallo, se puso un sombrero y un chal, y salió. Ver á la baronesa de Guenic por Gueranda, en otro sitio que no fuese la iglesia ó en los dos bonitos senderos que ella había escogido como paseo de los días de fiesta, cuando acompañaba á su marido y á la señorita de Pen Hoël, era un acontecimiento tan notable, que, dos horas después, todos los habitantes de la villa se preguntaban:

—La señora de Guenic ha salido hoy, ¿la ha visto usted?

Como es natural, esta noticia no tardó en llegar á oídos de la señorita de Pen-Hoël, la cual dijo á su sobrina:

—Algo extraordinario debe pasar en casa de los Guenic.

—Calixto está locamente enamorado de la marquesa de Rochefide—dijo Carlota,—y yo debía dejar Gueranda y volverme á Nantes.

En este momento, el caballero de Halga, sorprendido al ver que le buscaba la baronesa, desataba el cordón de Tisbé, reconociendo la imposibilidad de dividirse en dos.

—Caballero, ¿ha practicado usted el galanteo?—le preguntó la baronesa.

El caballero de Halga se irguió con alguna fatuidad. La señora de Guenic, sin decirle nada de su hijo ni de la marquesa, le dió cuenta del contenido de la carta amorosa, preguntándole cuál creía él que era el sentido de semejante respuesta. El caballero tenía la cabeza levantada y se acariciaba la barba, escuchaba y hacía pequeñas muecas. Por fin, mirando fijamente á la baronesa con aire malicioso, le dijo:

—Cuando los caballos de buena raza tienen que franquear

una barrera, se aproximan á ella y la olfatean. Calixto será el amante más feliz del mundo.

—¡Chit!—dijo la baronesa.

—Soy mudo. Antaño esas cosas constitufan mi única ocupación—dijo el anciano caballero.—Está el tiempo hermoso, el viento es noroeste—repuso después de una pausa.—¡Pardiez! ¡qué bien aprovechaba este viento la *Bella Gallina* el día que...! Pero—dijo interrumpiéndose,—mis oídos zumban y siento pinchazos en las piernas: cambiará el tiempo. Usted sabe que el combate de la *Bella Gallina* fué tan célebre, que las mujeres empezaron á llevar capotas tituladas á la *Bella Gallina*. La señora de Kergarouët fué la primera que se presentó en la Opera con esta novedad. «¡Con qué coquetería se ha cubierto usted hoy la cabeza!» le dije yo. Y esta palabra fué repetida en todos los palcos.

La baronesa escuchó complacientemente al anciano, el cual, fiel á las leyes de la galantería, acompañó hasta la callejuela á la baronesa, dejando sola á Tisbé. El caballero ignoraba el secreto del nacimiento de Tisbé. Esta era nieta de la deliciosa Tisbé, perra de la señora almirante de Kergarouët, primera mujer del conde de Kergarouët. La baronesa subió á toda prisa á la habitación de Calixto, loca de alegría, como si ella amase por su cuenta. Calixto no estaba en su habitación; pero Fanny vió sobre la mesa una carta doblada, que no estaba cerrada, dirigida á la señora de Rochefide, y una invencible curiosidad llevó á aquella madre inquieta á leer la respuesta de su hijo. Esta indiscreción fué cruelmente castigada, pues la madre sufrió un atroz disgusto, entreviendo el precipicio en que hacia caer el amor á Calixto.

#### CALIXTO Á BEATRIZ

«¿Y qué me importa la raza de los Guenic en los tiempos que corremos, mi querida Beatriz? Mi nombre es Beatriz, la dicha de Beatriz es mi dicha, su vida es la mía y toda su fortuna se encierra en mi corazón. Nuestras tierras están empeñadas desde hace dos siglos, y pueden seguir las guardando dos siglos más, porque nuestros arrendatarios las guardan y nadie puede apoderarse de ellas. Verla á usted y amarla, he aquí mi religión. ¡Casarme! Esta sola idea me llena de espanto. ¿Hay, por ventura, dos Beatrices? Yo sólo

me casaré con usted y esperaré veinte años si es necesario, pues soy joven y usted será siempre hermosa. Mi madre es una santa y yo no debo juzgarla. ¡Ella no ha amado! y ahora comprendo lo que ha perdido y los sacrificios que ha hecho. Beatriz, usted me ha enseñado á amar más á mi madre, la cual ocupará con usted mi corazón, y será su única rival. ¿No equivale esto á decirle que reinará usted en él por completo? Todas las razones que usted me da en su carta no tienen fuerza alguna contra mi amor. Respecto á Camilo, no tiene usted más que hacerme una seña, y yo le rogaré que le diga á usted ella misma que yo no la amo; Camilo no es ni más ni menos que la madre de mi inteligencia. Desde el momento en que la vi á usted, ella pasó á ser mi hermana, mi amiga, mi amigo ó como usted quiera; pero, lo cierto es que no existen entre nosotros más lazos que los de la amistad. La consideré como mujer, hasta el momento en que la vi á usted; pero usted me ha demostrado que Camilo es un muchacho: caza, monta á caballo, fuma, bebe, escribe, analiza un corazón y un libro; no tiene debilidades, marcha con sus propias fuerzas, no posee sus movimientos airoso, ni su paso que se parece al vuelo de un pájaro, ni su voz amorosa, ni sus maliciosas miradas, ni su gracioso porte; es Camilo Maupín y nada más, y no tiene nada de mujer; mientras que usted tiene tantas cosas que á mí me gustan, que desde el primer día que la vi, me pareció que era usted cosa mía. Se reirá usted de este sentimiento; pero, lo cierto es que no he hecho más que comentar, y que me parecería monstruoso que usted y yo pudiésemos estar separados. Usted es mi alma, mi vida, y yo no sabría vivir sin usted. Déjeme usted que la ame; huiremos, nos iremos lejos del mundo, á un país donde no encuentre usted á nadie y donde sólo Dios y yo ocupemos su corazón. Mi madre, que la quiere á usted, vendrá algún día á unirse á nosotros. Irlanda tiene castillos, y espero que me prestará uno la familia de mi madre. ¡Dios mío! partamos. Una barca y marineros, y estaremos allí antes de que nadie pueda saber adonde habremos huído de este mundo que usted teme tanto. Leyendo y releendo su carta, me parece adivinar que usted no ha sido nunca amada, y que si no existiese ninguna de las razones de que usted me habla, se dejaría amar por mí. Beatriz, un amor santo borra todo el pasado. Viéndola á usted, ¿se puede pensar en nada que no sea usted mis-

ma? ¡Ah! la amo á usted tanto, que quisiera verla mil veces infame, para demostrarle el poder de mi amor, adorándola como á la más santa de las criaturas. Dice que mi amor es una injuria para usted. ¡Oh! Beatriz, tú no lo crees así: el amor de un muchacho noble, como usted dice, ¿no honraría á una reina? Mañana espero que iremos como amantes á pasear por las rocas y la orilla del mar, y que usted marchará sobre las arenas de la vieja Bretaña, para consagrarlas de nuevo para mí. Deme usted ese día de dicha; y esa armonía pasajera, que acaso, ¡ay de mí! no deja recuerdo alguno en su mente, será para Calixto una eterna riqueza...»

La baronesa dejó caer la carta sin acabarla, se arrodilló en una silla, é hizo á Dios una oración mental, rogándole que conservase el entendimiento á su hijo, que lo librase de toda locura y de todo error, y que lo apartase de la senda en que lo veía.

—¿Qué haces ahí, mamá?—le dijo Calixto al entrar.

—Rogando á Dios por ti, hijo mío—le contestó la madre mostrándole el rostro bañado en lágrimas.—Acabo de cometer la falta de leer esa carta. Mi Calixto está loco.

—Sí, de la más grata de las locuras—dijo el joven besando á su madre.

—Hijo mío, quisiera ver á esa mujer.

—Pues bien, mamá, mañana nos embarcaremos para ir á Croisic; esté usted en la escollera y la verá.

Y esto diciendo, Calixto cerró la carta y partió para Touches.

Lo que asustaba sobre todo á la baronesa, era ver que el amor de su hijo llegaba á adquirir, por la fuerza misma de su instinto, la perspicacia que sólo se adquiere con una experiencia consumada. Calixto acababa de escribir á Beatriz, como si el caballero de Halga le hubiese aconsejado.

Uno de los mayores goces que experimentan, sin duda, las almas pequeñas ó los seres inferiores, estriba en engañar á las grandes almas tendiéndoles algún lazo. Beatriz sabía perfectamente que estaba muy por debajo de Camilo Maupin. Esta inferioridad existía, no sólo en ese conjunto de cosas morales, llamado *talento*, sino que existía, además, en las cosas del corazón, llamadas *pasión*. En el momento en que Calixto llegaba á Touches con la impetuosidad de un enamorado, llevado por las alas de la esperanza, la marquesa experimentaba un vivo goce al saber que era amada por este

adorable joven, y aunque no se hacía cómplice de aquel sentimiento, empleaba su heroísmo en comprimir aquel *capricho*, y creía entonces igualar á su amiga, considerándose feliz de poder hacer por ella un sacrificio. Finalmente, las vanidades propias de la mujer francesa, que constituyen esa célebre coquetería de donde le proviene su superioridad, se veían plenamente halagadas en Beatriz, la cual, entregada á inmensas seducciones, resistía á ellas, y sus virtudes le cantaban al oído un suave concierto de alabanzas. Estas dos mujeres, indolentes en apariencia, estaban reclinadas sobre el diván de aquel saloncito lleno de armonías, en medio de un mundo lleno de flores, y con la ventana abierta, porque el viento norte había cesado. Una disolvente brisa del sur rizaba el lago de agua salada, y el sol caldeaba las doradas arenas. Las almas de aquellas dos mujeres estaban tan profundamente agitadas como ardiente y tranquila estaba la naturaleza. Cogida por las ruedas de la máquina que ella misma ponía en movimiento, Camilo se veía obligada á velar por sí misma á causa de la prodigiosa astucia de la amistosa enemiga que ella había encerrado en la jaula; pero, para no denunciar su secreto, se entregaba á contemplaciones íntimas de la naturaleza, distraía sus sentimientos interpretando el movimiento de los mundos, y buscaba á Dios en el sublime desierto del cielo. Una vez reconocido Dios por el incrédulo, éste se lanza al catolicismo absoluto, el cual, considerado como sistema, es completo. Por la mañana, Camilo había mostrado á la marquesa una frente marcada aún con las huellas de las investigaciones de una noche pasada gimiendo. Calixto seguía erigido ante ella como una imagen celeste. Aquel hermoso joven era considerado por ella como su ángel guardián. ¿No era él quien la guiaba hacia las regiones elevadas donde cesan los sufrimientos bajo el influjo de una incomprensible inmensidad? Sin embargo, el aire triunfante de Beatriz inquietaba á Camilo. Una mujer no saca á otra una ventaja semejante, sin dejarla adivinar, aunque sus palabras la nieguen. Nada más raro que el combate moral y sordo de aquellas dos amigas, ocultándose mutuamente un secreto y creyéndose recíprocamente acreedoras de inauditos sacrificios. Calixto se presentó, llevando la carta entre la mano y el guante, para deslizarla en la mano de Beatriz. Camilo, para quien no pasó desapercibido el cambio de proceder de su amiga, fingió no examinarla, pero la